(Traducción en español)

Castel Gandolfo, 18 novembre 1997

Como un arco iris[1]

A través del carisma de la unidad, el Señor no sólo tuvo la intención de suscitar una espiritualidad en la Iglesia, sino una Obra a la que después se llamó Movimiento de los Focolares u Obra de María.

Para que haya una Obra hace falta, sin duda, un alma (la espiritualidad comunitaria), pero es igualmente necesaria una organización, una estructura, una regla.

Y el Señor también pensó en esto.

Por lo que recuerdo, era el año 1954. La espiritualidad estaba ya casi completa. Y una cosa teníamos clara: teníamos que ser otros Jesús.

Ya en 1946 escribí en unos apuntes: «Nuestra alma debe aspirar a ser lo antes posible otro Jesús...». «*Hacer de Jesús* aquí en la tierra. Prestar a Dios nuestra humanidad con el fin de que la use para hacer revivir en ella a su Hijo predilecto»[2]. (...)

El amor es luz, es como un rayo de luz que, cuando atraviesa una gota de agua, se despliega en el arco iris, en el que se pueden admirar sus siete colores. Todos colores de luz que, a su vez, se despliegan en infinitas gradaciones.

Y así como el arco iris es rojo, naranja, amarillo, verde, azul, añil y violeta, el amor, que es la vida de Jesús en nosotros, asumiría distintos colores, se expresaría de varias maneras, diferente una de otra.

Por ejemplo, el amor es comunión, lleva a la comunión. Jesús en nosotros, porque es Amor, realizaría la comunión.

El amor no se encierra en sí mismo, es difusivo de por sí. Jesús en nosotros, el Amor, sería irradiación de amor.

El amor eleva el alma. Jesús en nosotros elevaría nuestra alma a Dios. Y esto es la oración.

El amor sana. Jesús, el amor en el corazón, sería la salud de nuestra alma.

El amor reúne a las personas en asamblea. Jesús en nosotros, porque es Amor, reuniría los corazones.

El amor es fuente de sabiduría. Jesús en nosotros, el Amor, nos iluminaría.

El amor compone a muchos en uno, es unidad. Jesús en nosotros nos fundiría en uno.

Éstas son las siete expresiones principales del amor que teníamos que vivir. El siete sirve para indicar un número infinito.

Pues bien: en estas siete expresiones del amor reconocimos de inmediato la norma de nuestra vida personal, que constituirían también la regla de nuestra Obra en su conjunto y, más tarde, de sus distintas ramificaciones.

Dado que el amor es el principio de cada una de sus expresiones, de cada aspecto, dado que es Jesús el que vive siempre en nosotros en cada manifestación de nuestra vida, ésta se articularía en una maravillosa unidad. (...)

Todo brotaría del amor; la raíz de todo sería el amor; todo sería expresión de la vida de Jesús en nosotros. Y esto haría que la existencia del hombre no resultara desengañada, poco interesante y monótona por estar compuesta de porciones yuxtapuestas y desligadas entre ellas (con un tiempo para

[1] Publicado en *La doctrina espiritual, Ciudad Nueva Buenos Aires, 2005, pág. 223-225*
[2] *Escrito, L'Unità*, 2 de diciembre de 1946.

comer que no tiene nada que ver con el de la oración; el momento de hacer apostolado relegado a la hora destinada a ello, y así sucesivamente), sino que la haría atractiva y fascinante.

No: en este caso sería siempre Jesús el que haría apostolado, trabajaría, comería, etc. Todo sería expresión suya.

Esta regla que se nos presentaba, como podemos intuir, aun estando en sintonía con la naturaleza humana, tenía al mismo tiempo un sabor terrestre y celestial.

Chiara Lubich